los PP. Jesuitas, «La universidad católica», «La ciencia católica», «Revista de cuestiones científicas», «Civilta cattolica», «La quinzaine», «Soluciones católicas» y otras. (1)

Exposición general ó rápida ojeada histórica sobre los errores modernos. — Los modernos errores pueden y deben clasificarse en tres clases: 1.ª Errores filosóficos. 2.ª Errores científicos. 3.ª Errores históricos. En el primer grupo entra el racionalismo; en el segundo el llamado «especialismo científico», y en el tercero el criticismo histórico. El racionalismo no es más que la filosofía emancipada de la fe y proclamada como fuente de los conocimientos del orden racional puro y de la moral llamada independiente, erigida la razón humana en juez supremo y negando el orden llamado sobrenatural; de aquí luego, las múltiples aplicaciones del racionalismo á todos los órdenes. Formando parte del racionalismo, pero con carácter empírico ó experimental y dándose la mano con el materialismo, tenemos el llamado positivismo, enemigo de la Religión y de la metafísica; y aplicados racionalismo y positivismo á los diversos órdenes de la ciencia, tenemos el mencionado «especialismo científico», que soñando conflictos entre las ciencias experimentales y las enseñanzas de la Religión, pretende que nos formemos la

(1) Por vía de complemento, las obras del P. Zahm, *Les origines*, de J. Guibert, *La Religión*, del P. Juan Mir, y el estudio sobre Jesucristo, del P. Murillo.

idea de un mundo sin Dios, del hombre sin alma y acusa á los Libros Sagrados de hallarse en oposición con las enseñanzas de la ciencia.

Finalmente, la crítica histórica, aplicada al estudio de los diversos cultos, inventó la llamada ciencia de las religiones ó religión comparada, y pretende identificarlas todas para sacar en consecuencia que los errores que hay en algunas son comunes á toda religión, y que ésta es cosa mala y vitanda; por lo cual debe ser eliminada del mundo, como si se tratase de dar muerte á una fiera que todo lo devorase.

Aparte de todo esto, en el tejido mismo de la historia se han forjado verdaderas mentiras para desacreditar á la Iglesia y al Pontificado.

LECCIÓN I

Exposición del racionalismo desde Kant hasta el positivismo, el pesimismo y el nihilismo

Los precedentes del racionalismo contemporáneo deben buscarse en el protestantismo, que al negar la autoridad de la Iglesia abrió la puerta á todas las negaciones; de ahí vino el filosofismo del pasado siglo, y luego se inauguró el reinado del moderno racionalismo, que comienza en el criticismo kantiano; el filósofo de Koenisberg no es panteísta como los que le siguieron; pero minó las bases de la filosofía, destruyendo las de la certeza, con aquella doctrina escéptica refe-

rente al valor de las demostraciones que prueban la íntima y verdadera relación entre el objeto y el sujeto. Así preparado el terreno, Fichte hubo de establecer su doctrina subjetiva, según la cual, se pone en el yo humano el principio de la ciencia trascendental, y en el conocer el origen del ser; la doctrina de Fichte es verdadero panteísmo, y con razón se la tildó de verdadera egolatría. En pos de Fichte aparece Scheling quien, mediante la abstracción, va subiendo hasta lo absoluto; identifica el objeto conocido con el sujeto cognoscente, enseña la identidad universal, verdadero spinosismo en el fondo, y nos ofrece una doctrina panteísta. Hegel, verdadero coloso de la filosofía alemana, de quien Menéndez Pelayo afirma «que en todo clavó su garra de leon», minó las bases de la verdad, y con su doctrina de la tésis, de la antítesis y de la síntesis de ambas, identificó los contrarios. Su doctrina filosófica fué llamada panteísmo dialéctico, y consiste en la idea que primeramente es ó existe en sí; esta idea evoluciona objetivamente, y nos da el mundo, llamado «idea fuera de sí»; la misma idea vuelve sobre sí misma, y por este acto reflejo se torna en «idea para sí»; todo cuanto existe y pueda existir es la idea; este panteísmo dialéctico difícilmente hallaría seguidores en cuanto á la doctrina metafísica por ser tan abstrusa; pero su influencia llegó á todas partes y continúa informándolo todo. En pos del racionalismo trascendental aparece el positivismo; y si bien pudiéramos aquí decir algo

de otros filósofos, como son M. Cousin, Joufroy, Jacobi, Lamennais y Krause, todos ellos son de secundario valor, al menos como filósofos, y no han, ni con mucho, alcanzado el renombre de ciertos pensadores alemanes. Así, pues, vengamos ya á la nueva fase que alcanza el racionalismo, y que actualmente constituye la doctrina imperante; esta doctrina recibió el nombre de positivismo y merece que se la exponga cuidadosamente.

El positivismo.—Se dá este nombre á la doctrina que Compte, Littré, Taine, Renan y otros han venido profesando, según la cual el entendimiento humano vive en tres estados ó regímenes mentales: el teológico, el metafísico y el científico. En el primero entra el reinado ó época de la religión; en el segundo el de la filosofía; y en el tercero el de la ciencia. El positivismo cree que las dos primeras épocas han pasado ya, y que hemos llegado á la tercera, que es la de la *ciencia*. El círculo científico está constituído por seis ciencias: Astronomía, Biología, Matemáticas, Física, Química y Sociología. Esta doctrina es hoy la filosofía imperante, y se transmitió á todo, incluso al derecho penal; en Italia, Lombroso sostiene la bandera positivista, y ya se sabe que, según esta doctrina, el delincuente es un enfermo, no un malvado. Stuart Mill y Herbert Spencer, en Inglaterra, son los grandes hombres del positivismo; y no faltaron quienes, extremando el sistema, que es un materialismo vergonzante, se declararon abiertamente materialistas; Büchner, en Alema-

nia, todo lo reduce á «fuerza y materia»; y el naturalista Haeckel, profesor en Jena, es también materialista, hasta convertir al hombre en simple máquina; la doctrina de Haeckel recibió el nombre de monismo, por dejarlo todo reducido á cierta unidad material que en el fondo lo es todo. Estas doctrinas han tenido notables impugnadores; en Francia, el sabio abate de Broglie, autor de dos obras admirables; en España, comenzó la misma honrosa labor el docto profesor D. Antonio Hernández Fajarnés que tiene un hermoso libro acerca de *La psicología celular*.

El pesimismo.—Schopenhauer, alemán soñador y pesimista, fué á buscar su doctrina en Kant, Averroes y Budha; es partidario del fenomenismo kantiano y pone en la voluntad el poder de fundar el orden metafísico. Distingue entre la voluntad impersonal y la voluntad personal; la primera, absoluta y universal, es quien alcanza á establecer los principios que constituyen la metafísica; la segunda nos da, con el mundo, una determinación ó concreción de la primera.

Schopenhauer nos ofrece una *moral* pesimista porque él tiene la vida como cosa mala; el vivir es cosa penosa y aflictiva; el hombre, en la lucha por la vida, sabe que resultará vencido; el yo humano resulta siendo nada; el conjunto de los seres radica en un ser único, llamado voluntad universal, y confundiéndolo todo, dar con cuerpo y alma en la nada, porque esta última va á perderse en la voluntad universal, en el nirvana de lo inconsciente. Esta doctrina es abstrusa, extravagante, loca; pero logró penetrar en la vida práctica, y sus consecuencias son funestísimas. «Hartman, dice el abate Vallet, vá más allá todavía que su maestro Schopenhauer. Reduce á seis clases los bienes de la vida: 1.º los bienes que no son más que la ausencia de ciertos males, por ejemplo, la salud, la juventud; 2.º los bienes que no son sino medios para buscar otros fines, y que, por consiguiente, no son bienes por sí mismos, como la fortuna, los honores; 3.º aquellos que causan mayor pena que placer, el hambre, el amor, etc.; 4.º aquellos que se fundan en las ilusiones de la imaginación, la piedad y otros semejantes; 5.º aquellos que son verdaderos males, y que no son aceptados sino para evitar otros mayores; á este número pertenece el matrimonio; 6.º finalmente, los que proporcionan mayores placeres que penas, pero que son herencia de pocos: así la ciencia y el arte. La vida presente, por cualquier lado que se la mire, es pues, efectivamente, la abominación de la desolación».

El nihilismo.—Conviene tener muy en cuenta que los errores teóricos ó metafísicos engendran otros que se traducen en los órdenes de aplicación; y así la filosofía primera, que se propuso cambiarlo todo, vino á dar en el socialismo y comunismo; á ella se debe ese poder aterrador del anarquismo y la ridícula moral independiente, moral sin Dios, verdadero ateísmo ético. En el orden político, resultó el Estado ateo, que

todo lo absorbe para constituirse en un Dios sin entrañas, egoísta y tiránico. En el orden científico, se nos dió la doctrina brutal de fuerza y materia, y la teoría ateo-transformista, el evolucionismo materialista; el ateísmo cosmogónico, la geología sin fe, la antropología materialista, y luego, invadiendo los dominios de la historia, resultó la etnología descreída y la crítica histórica, enemiga de la verdad.

Y para que nada faltase, el mundo del arte aparece informado por el determinismo, arte materialista, que echa á un lado la libertad humana y rebaja al hombre hasta convertirle en bestia, ofreciendo al mundo todas las hediondeces de la corrupción humana. ¡Triste resultado del error! Se trató de divinizar al hombre mediante la filosofía panteísta, y resultó precisamente todo lo contrario; ¡el envilecimiento humano, el hombre bestia y hasta el hombre máquina! ¡Así se venga la verdad de las injurias del error! (1)

LECCIÓN II

Crítica general del racionalismo

La filosofía racionalista, que es muy varia en sus fases, tiene sin embargo un fondo común; ese fondo es lo substancial ó capital de la doctrina,

(1) No hablo aquí de las locuras de Nietzche, que por ser lo que son ya están juzgadas.

y consiste en afirmar la autonomía ó soberanía de la razón humana. Así, tenemos la famosa libertad de pensar ó libre pensamiento; y todas las doctrinas, sean cuales fueren, deben comparecer ante el tribunal de la razón humana, juez supremo de la verdad, y «fuente de donde arranca la ciencia trascendental». Ahora bien; ¿será la razón humana principio trascendental del saber? ¿Hay motivos para declarar autónoma esa razón? ¿Qué valor tiene la decantada teoría de la libertad de pensar? Viniendo, ante todo, á examinar el prólogo, llamémosle así, del racionalismo trascendental, esto es, examinando el valor de las doctrinas kantianas, encontramos minados por su base los fundamentos de la certeza; Kant, con su crítica demoledora, preparó el camino al racionalismo de Fichte; al filósofo de Koenisberg «nada le tiene que agradecer la filosofía verdadera con respecto á la conservación de las principales verdades. En efecto: quien afirma que las pruebas metafísicas en defensa de la inmortalidad del alma, de la libertad del hombre y de la duración del mundo le parecen de igual peso que las que militan en contra, no es muy apropósito para dejar bien establecidas esas verdades sin las que serán un nombre vano todas las religiones.....

«Fichte se entregó á un idealismo tan extravagante que, dándolo todo al alma, llega, por decirlo así, al anonadamiento de todos los objetos exteriores; su sistema conduce á la negación de la existencia de todo cuanto no sea el yo que piensa.

A pesar de las dañosas consecuencias á que puede conducir semejante doctrina, no son estas más peligrosas é inmediatamente destructoras de toda religión y moral, que las de Schelling, quien no obstante todos los velos con que encubre su sistema, al fin viene á parar al panteísmo de Spinosa.

«Poco me importa que en la escuela de Schelling se me hable de cualidades íntimas que no perecerán cuando yo muera, sino que volverán á entrar en el vasto seno de la naturaleza; cuando al propio tiempo se me añade que el individuo, es decir, el ser particular, el alma, se anonada. Hegel nos asegura que ha fijado los principios, arreglado el sistema y determinado el límite de toda filosofía. Él lo ha descubierto todo: después de él nada queda por descubrir; la humanidad no debe hacer más que desarrollar las teorías del sublime filósofo y aplicarlas á todos los ramos de los conocimientos. Esto no fuera tan intolerable si se tratase de objetos de escasa importancia, si Hegel no llamara á su tribunal al hombre, á la humanidad, á todas las religiones, á Dios mismo, y no fallase sobre todo con indecible orgullo.» (1).

Refiriéndose el mismo Balmes, á M. Cousin, que como es sabido enseñó un panteísmo bastante confuso, pero real, dice: «no alcanzo como puede profesarse más abiertamente el panteísmo, que diciendo claramente que Dios es uno y muchos, eternidad y tiempo, espacio y número, esencia y

(1) Balmes, *Cartas á un escéptico en materia de religión.*

vida, indivisibilidad y totalidad, principio, fin y medio, en la cumbre de los seres y en su grado más humilde, infinito y finito á un mismo tiempo, y á un mismo tiempo Dios, naturaleza y humanidad, compendiando el pensamiento en estas inequívocas palabras: *Si Dios no es todo, es nada*» (1).

Juzgados los grandes y genuínos representantes del racionalismo filosófico, veamos qué valor tienen sus doctrinas ante el tribunal de la sana crítica. Según Fichte, el yo es quien al conocer el objeto lo crea; de donde resultan estas dos cosas: 1.ª: El yo humano es verdadera fuente del ser, y como el ser es la idea objetivada, el yo es fuente del saber; si es fuente del conocimiento, si pone la idea y pone el ser, todo ello brota del yo humano como de su fondo substancial; el yo es fuente de todo; el yo es verdadero Dios; y aquí se ve como no sin justísima razón se dió al sistema filosófico de Fichte, el dictado de *egolatría.* Mas si las cosas fuesen como Fichte pretende, la ciencia humana, la idea que brotase del yo, debería comprenderlo todo, contener en sí la idea capital, infinita, eterna y siempre igual á sí misma la que, discurriendo como es debido, forzosamente habría de formar una sola unidad con el yo; tendríamos que el alma humana sería lo que la substancia divina, que no se distingue realmente de la ciencia divina, sino que es una cosa misma

(1) Balmes, obra citada.

con dicha substancia. Esta consecuencia riñe con lo que la experiencia nos enseña: en el conocimiento humano, antes es el objeto conocido y luego sigue su idea ó conocimiento; el saber humano es fragmentario y está sujeto á la ley del progreso, y en ocasiones mil sufre la triste ley de la decadencia; además, los juicios que forma el hombre sobre los objetos resultan en ocasiones equivocados; todo esto se opone manifiestamente á la idea infinita é indefectible que debiera encontrarse en el yo humano, si en éste se diese el principio de la ciencia trascendental y fuese origen del ser y fuente absoluta del conocer. Esta doctrina, pues, del yo humano como principio de la ciencia trascendental, resulta falsa, y Balmes lo hizo ver con maravilloso talento, en su *Filosofía fundamental,* juzgando las audacias de Fichte, sustentador de aquella ridícula y pretenciosa doctrina.

Ahora bien; si el yo humano no es ni puede ser fuente de la ciencia trascendental, porque su saber es finito y adquirido, ¿cómo pretende el racionalismo otorgar á la razón humana una autonomía imposible, erigiéndola en juez absoluto, en criterio inapelable, si esa razón es finita, si su saber es finito, si además se ve tantas veces obscurecida por la pasión, y si, como la historia del saber humano demuestra, son tantas las decepciones que ofrece que ya se dijo, como fórmula corriente, «que no hay error que no haya sido enseñado por algún filósofo», es decir, por alguno

de los más caracterizados representantes de esa razón humana, tan ensalzada y tan pobre, tan atrevida y tan mal parada por los golpes del error, y que con toda su sabiduría obscureció el mundo de la verdad, y fué necesario que Dios se apiadase del hombre para traerle á la región de la luz? Véase sobre este punto lo que en el hermoso libro de D. Miguel Mir se dice al tratar de «los límites de la ciencia y de la necesidad de la Fe».

Por lo que á la libertad del pensamiento se refiere, debemos tener en cuenta que esa extraña prerrogativa que el racionalismo pretende otorgar á la razón humana es un sueño. Y en efecto; no es la inteligencia humana quien da leyes á la verdad; sino la verdad quien se las impone al entendimiento; y así como del bien se dijo «que es el movimiento de la voluntad dentro del orden», así también de la verdad cabe decir que es el movimiento ordenado de la inteligencia; pensar á medida del capricho, espoleado por la pasión ó aguijoneado por interesados motivos que pueden ser, en ocasiones, hasta culpables, y hacerlo sacrificando el orden, no es propio de un entendimiento razonable; por manera que darse al capricho de pensar lo que se quiera es saltar fuera del camino que nos mantiene en lo justo, que nos da la verdad y nos libra del error. La libertad de pensar es la libertad del delirio, es algo que si no es la locura puede llevar á ella y que se le parece en gran manera. ¿Qué diríamos del mecánico que

pretendiendo enviar un cuerpo á su destino suprimiese los diques que le impiden apartarse de la vía que debe seguir, con el pretexto de que ese cuerpo se moviese con entera libertad? Desde luego le tendríamos por hombre sin juicio y nos guardaríamos bien de seguir sus consejos. La libertad de pensar es la libertad del desorden, porque es la negación de los derechos del orden, condición *sine qua non* para el ejercicio de todo; el pensamiento sin orden es la locura, la voluntad sin orden es el mal, como el ejercicio corporal sin orden es la estenuación, como el funcionamiento del organismo sin esa necesaria condición traería la enfermedad y hasta ocasionaría la muerte.

El abate Canet ha publicado un libro voluminoso y admirable titulado *La libre pensée contemporaine;* en él se traza profundo estudio del asunto; quienes puedan leerlo sacarán muchísimo provecho de su estudio; en él se pulverizan los delirios del llamado «libre pensamiento». También se puede consultar nuestra humilde obra, *La libertad del pensamiento dentro del Dogma,* premiada en el Certamen del Escorial, en 1887, con el primer premio señalado para ese punto.

Como resumen sintético y general acerca del racionalismo, véanse los siguientes conceptos que tomamos de una de las conferencias del R. P. Félix, quien dice así: «... entre tantas pruebas de decaimiento como nos han dado las filosofías puramente humanas, ¿sabéis lo que me llama más la atención? Su impotencia para durar. Sí,

con pesar lo digo; su impotencia para durar. No sé qué especie de caducidad invencible les afecta casi desde el momento en que nacen, y no les permite ni aún recoger los frutos de su madurez. No sé qué especies de ráfagas pasan y se llevan, envuelto en un obscuro torbellino, ese polvo de doctrina que siembra la filosofía en su camino secular. No sé qué especie de torrente de ideas, de cosas y de sucesos, arrastra como náufragos á los filósofos y á sus sistemas, que en vano se esfuerzan para ganar la playa. Esa es la historia de la caducidad doctrinal y de la mortalidad filosófica, ya antigua en la humanidad, y que continúa en nuestros días, no permitiéndonos siquiera leer en la última página lo que contaba en la primera: restos de doctrinas, de ruinas y de sistemas. ¡Ah! los que vinieron cierto día á enseñarnos *como se acaban los dogmas,* han llevado su merecido, y no han logrado enseñarnos sino *como se acaban las filosofías.* No bien habían andado algunos pasos en este siglo, al cual prometían regenerar, cuando ya el tiempo las hirió de muerte; y están muertas, muertas, sin esperanza de resurrección». R. P. Félix, *Conferencias en Nuestra Señora de París.*

LECCIÓN III

El racionalismo y lo sobrenatural

Este asunto es para el Cristianismo asunto de vida ó muerte; es tanta su trascendencia, que